



La muñeca de Naila

Abril Sánchez Aragón
Autora e ilustradora

Cuéntame un cuento

Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca

Director General del Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca

Lcdo. Emilio Montero Pérez

Dirección editorial

Lcdo. Manuel Raúl Matus Perpentí, Director de Tecnologías Educativas

Coordinación editorial

Ing. Alberto Zacarias José

L.C.E. Magaly Liliana Ramírez López

Autora e Ilustraciones

Abril Sánchez Aragón

Diseño Editorial

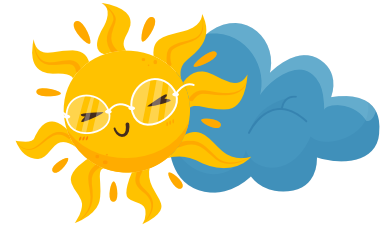
L.D.G. María Teresa López López

Revisión

Departamento Editorial-UPFE-DDE.

Primera edición, 2023.

Material autorizado para lectura con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente la fuente. © Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca



Presentación

La muñeca de Naila forma parte de la Colección de libros digitales Cuéntame un cuento del Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca (IEEPO) que tiene como objetivo promover el hábito escritor y lector en niñas, niños y adolescentes de educación básica del estado.

Esta publicación es resultado de las habilidades escritoras y de ilustración de Abril Sánchez Aragón, originaria de San Francisco Ixhuatán, personal administrativo especializado de la Escuela Telesecundaria 20DTV0563Q ubicada en Santo Domingo Ingenio, y forma parte de la Plataforma de Fomento a la lectura en la educación básica de Oaxaca.

Con esta colección, el IEEPO busca fortalecer las acciones de fomento a la lectura y de desarrollo educativo que lleva a cabo el Gobierno del Estado de Oaxaca de 2022-2028. Además de promover entre la comunidad educativa la socialización de los saberes, conocimientos y experiencias de las infancias y juventudes oaxaqueñas a través de sus creaciones literarias, aprovechando los beneficios de las tecnologías de la información y comunicación.



El sol aún no se asomaba y por el estrecho camino real se conducía entre las sombras extensas, que los rayos de luz de la luna llena provocaban en su intercepción con la copa de los frondosos huanacaxtles, la vieja carreta.

Su paso cauteloso, a razón de ser por los continuos charcos que las lluvias de los primeros días de octubre habían ocasionado, no la eximían de las exigencias del viejo carretero quien, a golpes de lomo de bestias, apretaba el paso para ganarle al astro rey la oportunidad de avanzar con la labor durante el alba.

El ruido que originaba el agua y el lodo en su paso por las ruedas, se acoplaba a los primeros trinos de las avecillas silvestres y al compás del meneo del morral y el bule que colgaban de la vara de la carreta, incitando así a continuar el sueño a la pequeña que, arropada entre la toalla, se tendía en los tablones en compañía de las redes, la reata, el machete y los canastos.

Ella de vez en cuando alzaba la cabeza para ver la cercanía hacia su destino, otras veces porque confundía el soliloquio del viejo carretero, quien a su entender, entablaba una especie de conversación con la yunta que conducía la carreta. “Shuuu, güí, camínale bonito”, decía el viejo carretero, al mismo tiempo que dejaba caer la púa sin punzar el aguayón.

El buey ante la acción reaccionaba moviendo la cola cual si espantara las moscas que se postrasen sobre él y apretaba el paso en el camino, dando así cumplimiento a la solicitud del viejo carretero.

La luz de la luna en aquel camino real, cuyo trazo era lineal con escasas aberturas en “Y”, permitía observar a lo lejos la aproximación de jinetes que se destinaban a dar agua al ganado o a la ordeña, motivo por el cual no lo hacía tenebroso ante los ojos de la niña, sino al contrario, una vez espantado el sueño, era el espacio perfecto para encontrar la diversión.

Esa diversión, que ante la escases de luz, comenzaba con la dilatación de sus grandes y claras pupilas y al arribo de sus piernas a la regla de madera que atravesaba de un extremo a otro y se posaba en los tablonces laterales de la carreta, a fin de hacer el asiento predilecto del conductor.

Ella, en su papel de copiloto, estaba atenta al camino y a las observaciones del viejo carretero, quien a razón de la experiencia por su edad, estaba presto a la presencia de cualquier animalillo silvestre para ser mostrado a su retoño; de vez en cuando entablaban conversaciones que giraban entorno al paisaje, a las figuras y a los nombres de los



cuerpos celestes y otras veces, acortaban el camino cantando. Cuando el plano era melódico, el repertorio estaba conformado por rancheras y baladas propias de la época del viejo carretero y, a pesar de su corta edad, la niña las hacía tan suyas que conformaba el dueto perfecto con su padre, pero sin lugar a dudas lo que más le divertía era entonar al unísono la vieja parodia que decía:

“Mi pobre calzoncillo tiene un hueco

muy grande, muy grande.

Queriendo remendarlo yo lo hice

más grande, más grande”

Así, cantando llegaban al extenso terreno y, para galardonar el viaje, el viejo carretero dejaba en posición de entrada la carreta, cedía las riendas a la niña y apeaba, para posteriormente retirar las tres trancas que conformaban la puerta, la chiquilla agitando la rienda unida al narigón y puyando a la yunta conducía la carreta hasta los frondosos tamarindos, sintiendo así la cristalización de campesina.



Era entonces cuando la labor comenzaba, mientras el viejo carretero desuncía la yunta, indicaba a la pequeña el área que abarcaba la jornada del día, ella bajaba los canastos de la carreta y se conducía en los surcos entre milpas y hierbas acumuladoras del rocío de la mañana, ese que se impregnaba en sus pantalones humedeciéndolos.

Nada de lo aquí descrito era para la niña razón de desesperanza, ni los pantalones mojados, ni el desmadrugar; el reto para ella en ese momento era llenar la mayor cantidad posible de canastos de mazorcas. Por momentos detenía la jornada pero no para tomar descanso, como fuera de suponerse, sino para seguir con la diversión, para realizar la transformación más inesperada, el momento de ser artista, de ser intérprete, la caña de maíz pasaba a ser pedestal y la mazorca que se erguía a la altura de la boca de la infanta se volvía el mejor micrófono que pudiese existir en el mundo entero.

Al cabo de un rato retomaba la rutina, avisaba a su padre al llenar el canasto para que éste lo vaciara en las redes hasta atestarlas una tras otra. Al mediar la jornada el descanso se hacía compartido, era entonces el momento de refugiarse bajo los árboles y en que las jícaras con pozol o arroz hervido con canela y azúcar se hacían presentes, tras disfrutar la refrescante bebida volvían a la labor hasta llegado el momento de agotarla.



Había dos motivos para dar por concluida la jornada, el más beneficioso era cuando se lograba almacenar los 36 canastos repartidos en las doce redes que llenaban la carreta, el otro, y menos alentador, era cuando las inclemencias del sol hacían imposible la permanencia en el sembradío.

Cualquiera que fuera la razón generalmente se hacía continuar con la recolección de unas cuantas calabazas que servirían para alimentar a los bueyes durante su estancia en el poblado, pero esta acción no comenzaba al terminar la jornada, sino a la par con la jornada; durante la pizca por el paso en los surcos se veían entre las enredaderas las calabazas que eran sometidas a una clasificación de calidad mental, las había para el ganado, para el guiso y otras más para el delicioso dulce que serviría de postre, y para la vendimia.

Esta última labor se hacía lo más rápido posible, pero ese día, el encargo se volvió paulatino pues se hizo acompañar de una búsqueda incesante, la carga ya se hallaba en la carreta y la niña no estaba allí junto, el padre al notar la ausencia gritó:

Naila, ¡vámonos!

El grito del viejo carretero resonó en el sembrado, pero Naila en vez

de acudir al llamado continuó su búsqueda, miraba de un lado a otro, recorría los surcos con premura perseverante, con la mirada clavada al suelo. El carretero gritó nuevamente:

¿Qué tanto haces?, ¡vámonos!

Naila apretó el paso entre los surcos en sentido contrario a la carreta, éstos eran tan apresurados que parecía que corría entre la hierba, las ruedas de la carreta comenzaron su rodar y la niña desesperada se alejaba cada vez más de ella; su padre gritó de nuevo:

¡Apúrate chamaca!

Fue entonces cuando Naila dio vuelta la espalda para dirigirse al carruaje, su búsqueda había cesado, resignada esquivaba las cañas de maíz con destreza, a fin de alcanzar la vieja carreta que se veía ya a la distancia.

De pronto, sus ojos se iluminaron, lo que tanto había buscado estaba allí frente a ella, se trataba de una calabaza cucurbita de considerable tamaño. Apresurada, dio un fuerte pisotón sobre el pedúnculo para separar el fruto de la guía, lo tomó entre los brazos y emprendió la carrera para alcanzar a la vieja carreta.



Al llegar a ella no se trepó de prisa como era costumbre, esta vez caminó a su lado hasta que ésta detuvo su marcha después de las trancas, mientras el viejo carretero aseguraba la entrada con los grandes troncos de madera. Entonces, la niña colocó bajo el brazo izquierdo la carga y, apoyándose con la mano derecha en la vara de la carreta, escaló los rayos de la rueda hasta lograr sentarse sobre las redes atiborradas de mazorca.

Montada ya sobre el transporte, estiró el brazo para alcanzar la toalla que colgaba de una de las varas, la tomó y con un dobléz extraño mal hecho puso el pedazo de tela entre la hondonada que formaban las redes, con extremo cuidado colocó el fruto sobre el lienzo contemplándolo dulcemente. Su padre abordó el carruaje, tomó las riendas y las agitó para indicar a la yunta que debía iniciar el viaje de retorno.

Esta vez su regreso fue diferente, no hubo pláticas incitadas por la niña, tampoco el camino llamó tanto su atención, ella simplemente se limitaba a ver la calabaza depositada en la hondonada. Por momentos la levantaba y la colocaba en su regazo pero las malas condiciones del camino balanceaba bruscamente la carreta y la obligaba a colocarla nuevamente sobre el trapo. Cuando veía que el ajetrear de la carreta la hundía un poco más, la tomaba nuevamente en brazos, colocaba la toalla semiextendida

en la hondonada y la posaba arropándola con uno de los extremos. La acción se hizo repetitiva durante el trayecto hasta llegar a casa. Cuando la carreta se detuvo frente al hogar, la niña tomó su calabaza entre los brazos, bajó del carruaje y se metió apresurada. No hubo el acostumbrado grito:

¿Qué nadie va a recibir a esta cansada trabajadora?

Tampoco hubo el comedimiento de bajar el morral de trastos sucios del desayuno, y las presunciones sobre el trabajo realizado y de las mejores mazorcas se habían omitido.

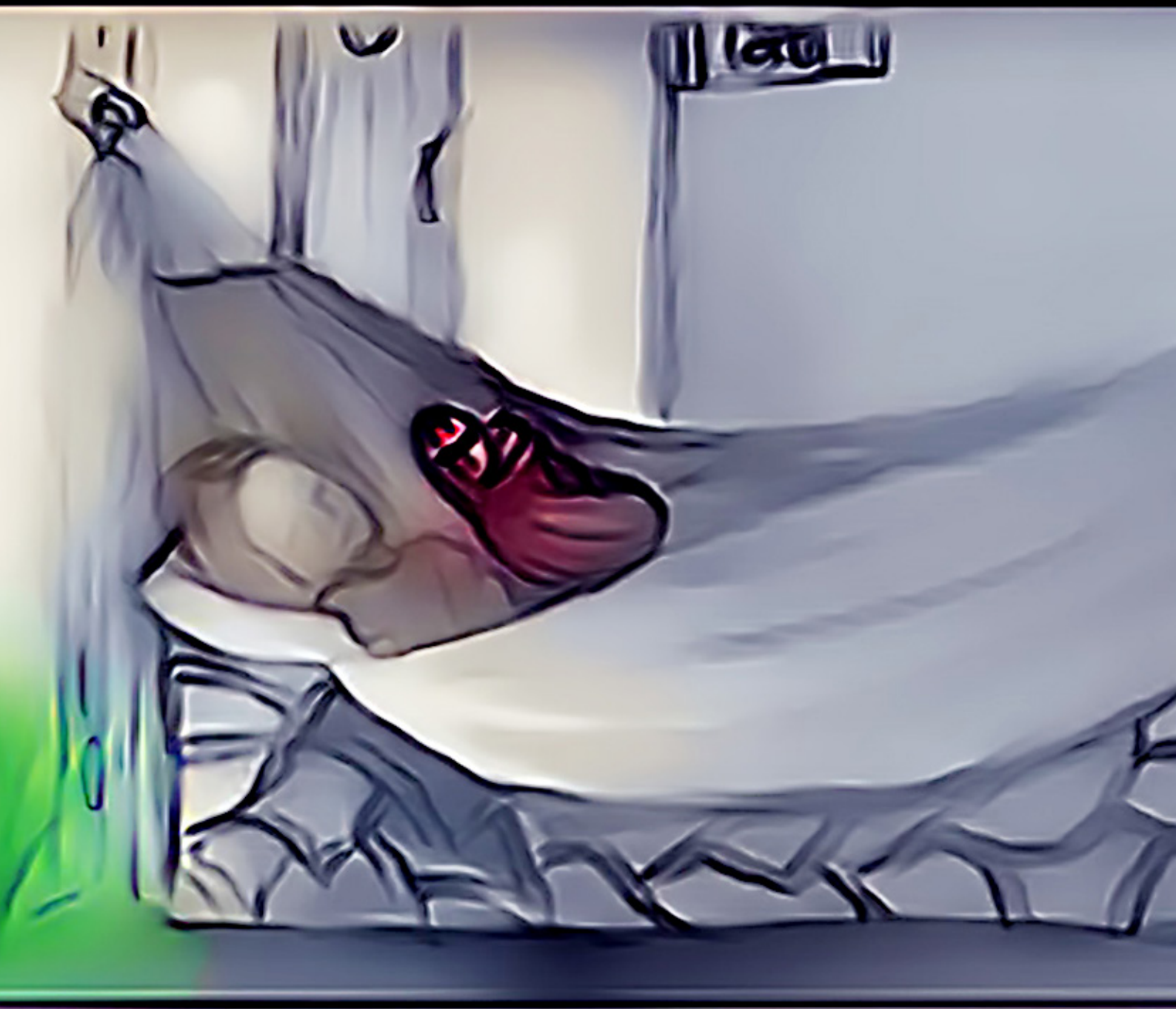
Naila, sin decir palabra, se dirigió al fondo de la casa, colocó la calabaza en la hamaca que colgaba en el corredor y se fue directo a las herramientas de su padre; las revolvía de un lado a otro y en su desesperación terminó por vaciar la pequeña cubeta de lámina que fungía como caja de herramientas, de ahí tomó una aguja de arria y, a manera de brazalete, colgó el lazo de rafia que la sostenía en su escuálida mano, introdujo todo lo que había tirado en el recipiente y se dirigió a la cocina.

Al llegar allí, tomó un poco de agua fresca y de la diminuta despensa sacó de la bolsa dos granos de frijol, los metió en el bolsillo de su

pantalón y se dispuso ir por la calabaza que había colocado en la hamaca, se sentó junto a ella, la tomó en su regazo y, con la aguja que le colgaba de la mano, hizo en el extremo superior del cuello de la calabaza tres orificios a manera de equilátero invertido. Sacó de su bolsillo los granos de frijol y los introdujo en los orificios de la base. Los frijoles pasaron entonces a ser los ojos negros más expresivos que Naila hubiese visto y el tercer orificio aún abierto, no tuvo más remedio que ser la pequeña boca de la cría que en ese momento había cobrado vida y que pedía a gritos ser alimentada, o al menos ese era el mensaje que la niña había recibido.

Entonces, Naila se levantó de la hamaca, atravesó el patio hasta llegar a la pequeña limonaria, que por años su sombra había servido como casita de juegos, buscó dentro de la canasta el recipiente de pulpa de tamarindo en forma de mamila y al encontrarlo, regresó a la hamaca para acostarse con su cría y empezó a alimentarla.

Nadie dio cuenta de las acciones de Naila, cuando su madre terminó de auxiliar al padre que bajaba la carga de la carreta, entró a la casa y al llegar junto a la hamaca que colgaba en el corredor pudo ver a su hija que se encontraba profundamente dormida, la toalla sucia arropaba su pequeño cuerpo y a la calabaza, que se posaba entre sus brazos y aún conservaba entre su boca “su mamila”.



No sé la expresión que habrá puesto su madre, ni las emociones que en ella pudieron emerger, pero por los recuerdos de mi memoria, por ellos sí puedo responder:

¡Ay! de aquel amor de madre que se inspira en la niñez,
que no conoce de riqueza o de pobreza pues sólo niño se es.

¡Ay! de aquella nostalgia que no es melancolía,
sino el reflejo de la añoranza por volver lo que se vivía.

¡Ay! de aquella labor que con juego se confundía,
de la niñez hecha madre y la calabaza hecha cría.

Fin.



IEEPO

INSTITUTO ESTATAL DE
EDUCACIÓN PÚBLICA DE OAXACA